



El Búho Nº 14
Revista Electrónica de la [Asociación Andaluza de Filosofía](#).
D. L.: CA-834/97. - ISSN 1138-3569.
Publicado en www.elbuhos.aafi.es

EL INTELLECTUAL, EL FILÓSOFO Y LA POLÍTICA

José Antonio Fernández Palacios¹

palacios47filosofa@gmail.com

Resumen

En el presente trabajo se trata de dar respuesta a la cuestión, ante los numerosos casos que se registran dentro y fuera de nuestras fronteras, de si es compatible la condición de intelectual con la participación en la política activa. Tras realizar, por así decirlo, una "analítica existencial" de la figura del intelectual - mostrando también las sutiles diferencias que tiene con respecto a otra figura muy próxima, a saber, la del filósofo- y poner de manifiesto los condicionantes propios de la integración dentro de la estructura de un partido político, se contesta negativamente a aquella porque ambas conducen al sujeto que pretende reunirlos a conflictos personales insolubles sin renuncias por su parte.

¹ José Antonio Fernández Palacios es Licenciado en Filosofía por la Universidad de Granada y, en la actualidad, desempeña el puesto de profesor titular de Filosofía en el IES "Ostippo" de Estepa (Sevilla) así como el cargo de Jefe del Departamento de Filosofía dentro del mismo. Es autor de los libros electrónicos "Claves filosóficas de El Aleph, de Borges", "Ensayos y artículos de pensamiento social y político" e "Indagaciones sobre la naturaleza y función de la filosofía, y otros escritos filosóficos", todos ellos publicados por la editorial digital LibrosenRed. Además, desde septiembre de 2014, ostenta la vocalía por la provincia de Granada de la Asociación Andaluza de Filosofía (AAFi).



El Búho Nº 14
Revista Electrónica de la [Asociación Andaluza de Filosofía](#).
D. L: CA-834/97. - ISSN 1138-3569.
Publicado en www.elbuho.aafi.es

Palabras clave

Intelectual, observador crítico, compromiso, filósofo, disciplina de partido

Résumé

Dans le travail présent il s'agit de donner une réponse à la question, devant les nombreux cas qui se produisent à l'intérieur et hors de nos frontières, de si la condition d'intellectuel est compatible avec la participation dans la politique active. Après avoir réalisé, pour ainsi le dire, une "analytique existentielle" de la figure de l'intellectuel - en montrant aussi les différences subtiles qu'elle a à l'égard d'une autre figure très proche, à savoir, celle du philosophe - et avoir mis en évidence les conditionnements propres de l'intégration dans la structure d'un parti politique, celle-là est négativement répondue parce que les deux conduisent au sujet qui essaie de les rejoindre à des conflits personnels insolubles sans des renoncements pour sa part.

Des mots clefs

Intellectuel, observateur critique, engagement, philosophe, discipline de parti



El Búho Nº 14
Revista Electrónica de la Asociación Andaluza de Filosofía.
D. L: CA-834/97. - ISSN 1138-3569.
Publicado en www.elbuho.aafi.es

En una magnífica película histórica, ambientada en la Inglaterra del siglo XII, el obispo de Londres le preguntaba al protagonista de aquella, cuyo nombre –Becket- da título a la misma², si consideraba compatibles los dos anillos que portaba, uno por su dignidad de canciller de ese país –expresión, por tanto, del “poder temporal”- y el otro en su calidad de Arzobispo de Canterbury y, por ende, de primado de la Iglesia en ese lugar de la Cristiandad –símbolo, por consiguiente, del “poder espiritual”-. Pues bien, de igual modo, en el presente artículo deseamos inquirir si son conciliables, por un lado, la condición de intelectual con la militancia activa, por otro, en una formación política y el consecuente desempeño de cargos internos y/o institucionales. Siendo así que, tal vez, la mejor estrategia en ese sentido consista en contrastar las exigencias inherentes a la primera con los condicionantes propios de la segunda, procederemos, en consecuencia, a explicitarlos, a confrontarlos y emitir un juicio al respecto. Vamos con ello.

La irrupción del intelectual en la vida pública moderna –con los antecedentes de Voltaire, el primer verdadero intelectual europeo, y John Stuart Mill en los siglos XVIII y XIX, respectivamente- tiene un sitio y momento precisos : Francia, 13 de enero de 1898, fecha en la que el escritor Émile Zola publica en el diario L’Aurore su celeberrimo artículo

² Becket, Reino Unido, 1964, Peter Glenville (director), Richard Burton – Peter O’Toole – Gino Cervi – Paolo Stoppa – John Gielgud – Donald Wolfitt – David Weston – Martita Hunt – Pamela Brown – Percy Herbert – Sian Phillips – Félix Aylmer (reparto), 148 minutos.



J'accuse (Yo acuso) – en el cual denunciaba el comportamiento inicuo, antisemita, opaco y contumaz de las autoridades civiles y militares galas en el Affaire Dreyfus, el famoso caso en el que se responsabilizó falsamente al oficial del ejército francés Alfred Dreyfus, de origen judío, de espiar para el Estado Mayor alemán y en el que, por cierto, se acuñó el término "intelectuales" para designar despectivamente a las gentes de la cultura que se posicionaron públicamente a favor del infortunado oficial-. Posteriormente, en el Periodo de Entreguerras, la figura del intelectual se consolida con personajes como André Malraux y Charles Maurras en Francia u Ortega y Gasset en España, alcanza su apogeo después de la Segunda Guerra Mundial con autores como Jean Paul Sartre o Herbert Marcuse – que se convierten en auténticos "maîtres à penser" de los movimientos contraculturales de los años sesenta- y, tras la desaparición de esos grandes nombres, ha devenido en algo más modesto, pero más generalizado, que el historiador Santos Juliá ha denominado con acierto "observador crítico"³.

Ahora bien, ¿qué se entiende por intelectual, de cuya evolución histórica hemos hecho una apretadísima síntesis anteriormente? La respuesta que más me gusta sobre el particular la proporcionó el psiquiatra Carlos Castilla del Pino en su obra Dialéctica de la persona. Dialéctica de la situación cuando afirma en ella lo siguiente: "La misión del intelectual fue siempre descubrir a los demás la realidad a través

³ "Intelectuales en periódicos: de la estrella polar al observatorio crítico", diario «El País», 11 de mayo de 2005, p. 36



del previo discernimiento en sí mismo"⁴. De esta definición funcional del intelectual cabe deducir varias cosas : en primer lugar, si la tarea inicial del intelectual consiste en esclarecer la realidad en su fuero interno, aquel se debe a ella, por lo que tiene un compromiso ineludible con la verdad; en segundo lugar, puesto que la realidad que trata de dilucidar se identifica con la realidad social ("situación"⁵ la denomina Castilla del Pino en la obra citada), el intelectual es un individuo que resulta capaz, a diferencia de otros, de trascender, en no pocos momentos de su vida, los problemas personales para pasar a ocuparse teóricamente de los problemas generales (por ello asevera ese ilustre psiquiatra en el libro suyo mencionado que los intelectuales "no solo operan en la realidad, sino con la realidad"⁶), de modo que su labor reflexiva está impregnada inevitablemente, por así decirlo, de un componente altruista; en tercer lugar, como el intelectual ha de intentar aclarar también y, sobre todo, a sus conciudadanos la coyuntura en la que andan inmersos, aquel ha de esforzarse por llegar a ellos de la forma más accesible posible, por ejemplo, a través de los medios de comunicación (con un protagonismo muy destacado del artículo periodístico), mediante el uso del género literario del ensayo o aprovechando las variadas posibilidades que abren las nuevas tecnologías de la información. Para terminar de "redondear" esta caracterización del intelectual que venimos realizando, añadiremos que el suyo no es solo un talante teórico, sino, asimismo, pragmático por cuanto siempre abriga, en mayor

⁴ Carlos Castilla del Pino, *Dialéctica de la persona. Dialéctica de la situación*, Ediciones Península, Barcelona, 1978, p. 143.

⁵ *Ibidem*, p. 136.

⁶ *Ibidem*, p. 134.



El Búho Nº 14
Revista Electrónica de la Asociación Andaluza de Filosofía.
D. L: CA-834/97. - ISSN 1138-3569.
Publicado en www.elbuhoo.aafi.es

o menor medida, la esperanza de que esa lucidez colectiva frente a la realidad social que él intenta promover se traduzca en una praxis que permita afrontarla razonablemente.

Muy cercana a la figura del intelectual se encuentra la del filósofo habida cuenta de que, con frecuencia, ambas se funden en un mismo autor (sin ir más lejos, el ya referido Jean Paul Sartre, además de prototipo del intelectual “engagé” o comprometido, fue también uno de los más conspicuos filósofos existencialistas del pasado siglo). No obstante, aprecio sutiles diferencias entre sendas figuras que conviene poner de manifiesto : en efecto, si bien el intelectual cavila sobre cuestiones generales, estas últimas no alcanzan el grado de densidad y abstracción de aquellas (la naturaleza de la verdad, del bien, de la justicia o de la belleza, por ofrecer algunos botones de muestra de las mismas) que ocupan la meditación del filósofo, por lo que las segundas presentan una vigencia permanente en claro contraste con la inevitable caducidad en ese sentido de las primeras, aunque, con el transcurso del tiempo, no carezca de atractivo volver sobre ellas (sería el caso, por ejemplo, dentro de unas centurias, del asunto del integrismo islámico, que tanto preocupa actualmente, si, finalmente, es superado); asimismo, de lo anterior se sigue el hecho de que los temas que aborda el intelectual posean la virtualidad de captar el interés de todo ciudadano “sensibilizado” mientras que los problemas que toca el filósofo solo atrapen la atención de las mentes más profundas e inquietas, dirigiéndose, por tanto, uno a un público culto medio y otro, en realidad, a una audiencia reducida y especializada. En suma, un filósofo no tiene por qué devenir necesariamente en un intelectual; sin embargo, apenas es concebible un intelectual que no disponga, al menos, de algún “poso filosófico” dado que sus



El Búho Nº 14
Revista Electrónica de la Asociación Andaluza de Filosofía.
D. L: CA-834/97. - ISSN 1138-3569.
Publicado en www.elbuhoo.aafi.es

propuestas han de partir siempre de una cierta visión ideal de la sociedad y el Estado.

Tras la digresión precedente, centrémonos ahora en el medio político. Del mismo modo que la vida de las comunidades religiosas está regida por el principio de obediencia, la vida de las formaciones políticas está dominada por el factor de la disciplina, extremo este último que ha sido recientemente explicado, con gracia y acierto, por el sociólogo José Antonio Gómez Marín, desde una columna periodística intitulada *El gen leninista*, en los siguientes términos: « en el marco de la competición de la democracia contemporánea, no hay partido que consiga sobrevivir dejando a un lado el "centralismo democrático", o séase, el precepto de llevar el paso ajustado al tambor (...) Lo que no hay - porque no funcionará a medio o largo plazo- es un partido comprometido con la democracia interna. Ningún líder tolera la disidencia ni renuncia al "culto a la personalidad" o, al menos, ninguno lo ha hecho, desde Pericles a Ceaucescu»⁷⁷. La disciplina de partido, pues, implica, entre otras cosas, que nadie en su seno puede discrepar abiertamente de los posicionamientos de aquel en una pluralidad de cuestiones. Ahora bien, en el caso de un intelectual enrolado en las filas de un partido político, la pregunta al respecto es: ¿debe guardar silencio ante la opinión pública cuando la formación política a la que pertenece defiende, sobre asuntos de gran transcendencia para el país, una postura que él considera equivocada? Evidentemente, en tanto intelectual, debe rechazar ese mutismo porque ha contraído la obligación suprema de transmitir lo que él estima como verdadero a sus conciudadanos, pero, como

⁷⁷ "El gen leninista", diario «El Mundo Andalucía», 17 de octubre de 2014, p. 18.



El Búho Nº 14
Revista Electrónica de la Asociación Andaluza de Filosofía.
D. L: CA-834/97. - ISSN 1138-3569.
Publicado en www.elbuhoo.aafi.es

militante, ha de mantenerlo, ya que, de lo contrario, allí “te ponen la señal – son palabras del economista Mikel Buesa, basadas precisamente en esa experiencia personal- para hacerte la puñeta y te acaban echando”⁸.

En resumidas cuentas, puesto que la asunción de la condición de intelectual por parte de un sujeto y su adscripción paralela a un partido político desemboca, tarde o temprano, en situaciones en donde se le plantean requerimientos irreconciliables – únicamente superables traicionando una de esas dos “lealtades” y de las cuales la disyuntiva entre alzar la voz u optar por un “prudente” silencio solo constituye una muestra-, concluyo que resulta incoherente el ejercicio del “oficio” del intelectual con la integración en una formación política, debiendo abstenerse de lo segundo quien se sienta verdaderamente llamado a lo primero. Una prueba más, todavía fresca, del imposible o sinsentido que representa un intelectual “metido en política” la tenemos en el caso de Francisco Sosa Wagner. En efecto, el ya exeurodiputado de UPyD, Catedrático de Derecho Administrativo por la Universidad de León y un auténtico intelectual como lo acreditan libros como el Estado fragmentado y sus asiduas colaboraciones en la prensa escrita, publicó un artículo periodístico el pasado estío, bajo el título de Después de las europeas, en el que señalaba una serie de cosas “bastante puestas en razón”, a saber, que su partido y otro muy afín ideológicamente –Ciudadanos- deberían concurrir juntos a las

⁸ Cit. en Clara Pinar, “Los frentes abiertos de Rosa Díez, Revista Tiempo, nº 1672 (31 de octubre de 2014), p. 41.



El Búho Nº 14
Revista Electrónica de la Asociación Andaluza de Filosofía.
D. L: CA-834/97. - ISSN 1138-3569.
Publicado en www.elbuho.aafi.es

próximas citas electorales para así consolidar un espacio de centro reformista e inequívocamente constitucionalista tan necesario para el país y que había que “liberarse de las prácticas autoritarias”⁹ dentro de UPyD. ¿Cuál fue la reacción de sus correligionarios ante esas sensatas recomendaciones? Un rosario de descalificaciones, “encerronas”, expedientes y, finalmente, represalias (fue apartado de su cargo de portavoz de UPyD en el Parlamento Europeo), el cual motivó que abandonara su partido político y renunciara a su escaño en la Eurocámara haciendo notar, de forma reveladora, que, con ese drástico paso, recuperaba su libertad, la libertad de pensamiento y expresión –cabría añadir– que constituye el atributo fundamental de quien se consagra a la faena de interpretar, con objetividad y rigor, el marco social. No obstante, todo lo anterior no supone una condena absoluta de la participación del intelectual en la escena política siempre y cuando se produzca en favor de grandes causas, alejadas de los intereses puramente partidistas, a través, por ejemplo, de iniciativas nacidas de la sociedad civil, siendo un modelo de ello en nuestro país la defensa que Fernando Savater, con su Plataforma “¡Basta Ya!”, realizó de los valores constitucionales, en Euskadi y el resto de España, durante los “años de plomo” del terrorismo nacionalista vasco. Se puede dar así la paradoja de que un intelectual que cumpla cabalmente con su labor llegue a tener, como decía de sí mismo el Premio Nobel de Economía Paul Krugman, “tanta influencia política como un miembro del Gobierno”¹⁰.

⁹ Francisco Sosa Wagner, “Después de las europeas”, diario «El Mundo», 19 de agosto de 2014.

¹⁰ 10 Cit. En Silvia Gamó, “Entrevista a Paul Krugman”, Revista Tiempo, nº 1562 (6 de julio de 2012), p. 34.



El Búho Nº 14

Revista Electrónica de la [Asociación Andaluza de Filosofía](#).

D. L: CA-834/97. - ISSN 1138-3569.

Publicado en www.elbuho.aafi.es

Por cierto, Thomas Becket terminó devolviendo su anillo de canciller al rey de Inglaterra, a la sazón, Enrique II Plantagenet.